

- Cooper, J.M., 1999, “Eudaimonism, the Appeal to Nature, and ‘Moral Duty’ in Stoicism”, en *Reason and Emotions: Essays on Ancient Moral Psychology and Ethical Theory*, Princeton University Press, Princeton, pp. 427–448.
- Engberg-Pedersen, T., 1986, “Discovering the Good: *Oikeiosis* and *Kathenkonta*”, en M. Schofield y G. Striker (comps.), *The Norms of Nature: Studies in Hellenistic Ethics*, Cambridge University Press/Éditions de la Maison des Sciences de l’Homme, Cambridge/París, pp. 145–183.
- Frede, M., 2005, “La Théologie stoïcienne”, en J.-B. Gourinat y G. Romeyer Dherbey (comps.), *Les Stoïciens*, Vrin, París, pp. 213–232.
- Inwood, B., 1985, *Ethics and Human Action in Early Stoicism*, Oxford University Press, Oxford.
- Irwin, T., 2003, “Stoic Naturalism and Its Critics”, en B. Inwood (comp.), *The Cambridge Companion to Stoics*, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 345–364.
- Long, A.A., 1996a, “The Logical Basis of Stoic Ethics”, en *Stoic Studies*, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 134–155.
- , 1996b, “Dialectic and the Stoic Sage”, en *Stoic Studies*, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 85–106.
- Sedley, D., 2002, “The Origins of Stoic God”, en D. Frede y A. Laks (comps.), *Traditions of Theology*, Brill, Leiden, pp. 41–83.

DANIEL VÁZQUEZ
 Facultad de Filosofía
 Universidad Panamericana
 svazqueh@up.edu.mx

Diógenes Laercio, *Vidas y opiniones de los filósofos ilustres*, traducidas y comentadas por Luis-Andrés Bredlow, Lucina, Zamora (España), 2010, 535 pp.

Nos enfrentamos a una nueva versión de una de las obras más importantes para la historia de la filosofía antigua: *Las vidas y opiniones de los filósofos ilustres* de Diógenes Laercio, “compendio de compendios” sin el cual mucho del conocimiento y algunos de los textos que tenemos hoy en día sobre la filosofía griega se habrían perdido definitivamente.¹ Y no se trata de una versión de aquellas que, de tanto en tanto, ocupan, siguiendo las modas y tendencias de la locomotora contemporánea del saber, las repisas y los mostradores de las librerías. Tampoco se trata de una “nueva” traducción, de aquellas innecesarias y estériles, de un texto ya traducido *ad nauseam* y que, a pesar de ser, como casi toda traducción, susceptible de mejorías, no es urgente ni apremiante volver a

¹ “[...] entre los más preciosos el testamento de Aristóteles y las cartas de Epicuro” (p. 13).

traducir. En absoluto. Una traducción de las *Vidas* al español era una tarea imperativa y de sobra justificada, ya que “el lector de habla castellana no disponía, hasta ahora, de otra versión íntegra de Diógenes Laercio que la publicada, hace más de dos siglos, por José Ortiz y Sanz” (p. 24). No hace falta más que echar un breve vistazo para reparar en el cuidado de la edición, la fluidez con que habla el lenguaje de la traducción, la exactitud y conveniencia del comentario y, en suma, la diligencia con que está toda ella elaborada.

Además de la traducción y el comentario, L. Bredlow, profesor de Historia de la Filosofía en la Universidad de Barcelona, presenta unos “Prolegómenos” en los que, a través de una prosa lúcida y elegante, introduce al lector en todos los aspectos pertinentes para una justa comprensión del texto: el valor histórico de la obra, los géneros literarios y el entorno cultural en los que se inspiró, el plan general, el contenido y los problemas suscitados en torno al nombre, la patria, la fecha de composición y las opiniones filosóficas de aquel personaje que, quizás por un guiño al lenguaje formular homérico y al apelativo de su héroe itacense, tuvo a bien llamarse Diógenes Laercio.² De importancia fundamental para valorar el mérito y la rigurosidad científica de este trabajo resultan, por una parte, la descripción sucinta sobre la recepción de la obra desde la posteridad inmediata a su realización hasta la Grecia Bizantina y la Edad Media, y, por la otra, la explicación detallada del complejo “laberinto de la tradición manuscrita” (p. 23). El profesor Bredlow reconstruye la enrevesada trama de manuscritos, códices, editores y traductores³ que culminará con “el regalo más precioso que estos últimos años han deparado a los lectores de Diógenes Laercio” (p. 24): la edición de Marcovich (1999). Así, esta versión, a diferencia de la de Carlos García Gual (Madrid, 2007)⁴ que se basa en la edición de Long (Oxford Classical Texts, 1964), por lo demás, “ampliamente desacreditada” (p. 24, nota 2)⁵ en los círculos de especialistas, es “la primera que ha podido contar con los inestimables servicios de la más reciente edición

² “[...] pero también podía ser (*sc.* el nombre) nada más que un *signum* o sobrenombre, de los que se usaban entre los hombres de letras griegos a partir del siglo tercero, formado sobre el apelativo homérico de *Odiseo diogenēs Laertiáde*, ‘divino retoño de Laertes’ (tal es la explicación que la autoridad de Wilamowitz impuso al siglo veinte [...]])” p. 19.

³ Frobenio (1533), Henricus Stephanus (1570), Aldobrandini (1572), Meibom (1692), Longolio (1739), Huebner (1828–1833), Tauchnitz (1833), Cobet (1850), Hicks (1925), Gigante (1962), Long (1964), Jürss (1998) Goulet-Cazé (1999), etcétera.

⁴ Esta versión fue concluida en el verano de 2003, es decir, cuatro años antes que la versión íntegra de García Gual, pero “por circunstancias adversas con las que no quiero aburrir al lector” (p. 28), fue publicada finalmente en abril de 2010.

⁵ Para una revisión de los problemas o insuficiencias de la edición de H.S. Long, *cfr.* las reseñas de D.A. Russell (*The Classical Review*, New Series, vol. 15, no. 2, junio de 1965, pp. 174–176), Marcello Gigante (*Gnomon*, vol. 45, no. 6, septiembre de 1973, pp. 546–550), Nigel G. Wilson (*Journal of Hellenic Studies*, vol. 85, 1965, pp. 185–186) y H. Bolkestein (*Mnemosyne*, vol. 19, no. 2, 1966, pp. 191–193).

crítica (acaso la primera verdaderamente digna de este nombre)” (p. 25).⁶ No obstante, el trabajo minucioso que el profesor Bredlow ha llevado a cabo en relación con el establecimiento del texto griego de ciertos pasajes, y que se cristalizó previamente en la publicación de algunos artículos en revistas del más alto prestigio en materia de filología clásica,⁷ ha tenido como resultado un importante perfeccionamiento de algunos pasajes de la edición de Marcovich de la cual “se aparta, al fin, en más de 250 lugares [...] las más de las veces —unos 170 casos, o dos tercios aproximados del total— en beneficio de la tradición manuscrita, siendo, a la inversa, apenas más de treinta los pasos en que el texto de los códices, seguido por el editor, parecía requerir imperiosamente alguna corrección adicional” (p. 25). Así, los lectores pueden confiar en que esta versión tiene como base un texto griego revisado con rigurosidad.

La traducción no sólo tiene el mérito palmario de la claridad, a menudo amordazado por las restricciones que el afán de literalidad impone, sino que además trasluce una comprensión inteligente del texto que no traiciona ni la palabra ni, lo que es más difícil aún, la sintaxis de Diógenes. En virtud de los numerosos escollos con que puede tropezar la lectura griega del texto, la traducción no ha sucumbido a la tentación de aclarar con interpretaciones lo que permanece ambiguo para nuestra comprensión. Pero aún más digno de elogio resulta la brillante transposición de los versos griegos al ritmo de nuestra lengua. Como todo lector del Laercio sabe, además de ser un pródigo compilador de opiniones, anécdotas y chismes, “Diógenes fue (o, a lo menos, se creyó) poeta: él mismo nos transmite, en las páginas de las *Vidas*, unos cuarenta epigramas extraídos de su *Pámmetros* o *Libro de todos los metros*, en el cual, según nos informa, había ‘discurrido acerca de todos los ilustres difuntos en todos los metros y ritmos, en epigramas y canciones’ (I.63)” (p. 20). La traducción, pues, hace justicia a esta cualidad inseparable del texto y reconstruye así, en la medida de lo posible, la “voluntad de ordenación casi artística” (p. 27) propia del original.⁸ Como ejemplos podrían invocarse estos dísticos elegíacos escri-

⁶ Cabe mencionar que la edición de Marcovich también ha sido objeto de críticas, *cfr.* sobre todo las reseñas de Tiziano Dorandi (*Phronesis*, vol. 45, no. 4, noviembre de 2000, pp. 331–340) y de Jonathan Barnes (*The Classical Review*, New Series, vol. 52, no. 1, 2002, pp. 8–11), quien incluso llega a calificarla de *opus imperfectum*. El profesor Bredlow afirma —indicio de que no desatendió estas críticas— que “no será ciertamente la, siempre esperada, edición sin tacha que, un año antes, augurara Jürss, pero, con todo, no deja de ser mejor que las anteriores” (p. 24).

⁷ “Some Notes on Diogenes Laertius”, *Hermes*, vol. 135, no. 3, 2007, pp. 370–372; “Diogenes Laertius 10,22: Metrodorus of Lampsacus or of Athens?”, *Philologus*, vol. 152, no. 1, 2008, pp. 145–148; “Epicurus’ Letter to Herodotus: Some Textual Notes”, *Harvard Studies in Classical Philology*, vol. 104, 2008, pp. 145–148.

⁸ “He tratado, por tanto, de ofrecer al lector, de todos los pasajes en verso, unas versiones lo más fieles que pudiera, si no siempre a todos los rigores del metro (así me he permitido, por ejemplo, hacer terminar a veces en palabra llana los pentámetros elegíacos, o admitir en las versiones de hexámetros una especie de anacrusis de una sílaba o dos; infidelidades que confío no ofenderán demasiado al

tos por Diógenes en honor a Sócrates (II.46) y que aparecen también en la *Anthología Palatina* (VII.96):

Bebe ahora, oh Sócrates, junto a Zeus, que de veras
sabio el dios te llamó, y la sapiencia, dios.
Tú soportaste sin más la cicuta de los atenienses,
y por tu boca ese trago hasta la hez les entró.

O los hexámetros de Parménides (IX.22) que el profesor Bredlow vierte así:

Ni asendereada costumbre por tal camino te fuerce
ojo a llevar que no ve y los retumbantes oídos
y lengua, sino en razón juzgar esta prueba aguerrida.

Con respecto a las decisiones de traducción de ciertos conceptos, el profesor Bredlow se decanta, dentro del complejo vocabulario de Epicuro, por ejemplo, por las siguientes opciones: “antecepción” por *prólepsis*;⁹ “aprehensiones perceptivas del pensamiento” por las famosas *phantastikai epiboulai tēs dianoias*;¹⁰ “ideación” por *epínoia*; “suposición” (X.34), “conjetura” (III.15), o “supuestos” (IX.83) por *hypólepsis*; “lo pendiente de confirmación” por *tò prosménon*; “confirmación ulterior” por *epimartýresis* etc.; o, dentro del vocabulario de la filosofía estoica, “decible” y “decibles” por los célebres *lektòn* y *lektà*.¹¹ Algunos ejemplos de cómo la traducción del profesor Bredlow no presupone la univocidad, sino que busca adaptarse dinámicamente a los diversos contextos, son el sustantivo *epistéme*, que se traduce como “conocimiento” (II.115, III.13, 63, 69, 95, 96), “ciencia” (III.79, VII.37, 41, 42, 46, 47, 54, 62, 92, 93, 98, 119, 165) o “saber” (II.29, 31, III.84); *dianoia* en su mayoría como “pensamiento” (VII.49, 50, 51, 55, 56, 61, 110, VIII.89, IX.88, X.38, 49, 50, 62, 78, 144, 145), pero también como “designios” (I.54), “sentido” (IX.52), “intelecto” (III.97) y “mente” (IX.70, X.142); *krísis* como “juicio” (I.21, V.29, VII.111, VIII.35), “decisión judicial” (II.14), “opinión” (X.12, en un epigrama de Ateneo) y “discriminación” (X.147); el sustantivo *zétesis* como “indagación” (II.21, IX.70, 106, X.34), oído experto), sí por lo menos a los esquemas rítmicos fundamentales que en cada caso los regían (sólo que traspuestos, evidentemente, del ritmo de cantidades del griego antiguo al ritmo acentual de nuestra lengua” (p. 27).

⁹ En la traducción de Ortiz y Sanz y de Piqué, “anticipación”; “preconception” en la inglesa de Hicks, y “Begriff” en la alemana de Apelt.

¹⁰ Cfr. “Accesiones fantásticas de la mente” (Ortiz), “Aprehensiones representativas de la mente” (Piqué).

¹¹ Véase la p. 470, nota 63: “Traduzco así, a falta de mejor solución, el término estoico *lektòn*, que carece de equivalente preciso en la lógica y la lingüística modernas; designa lo que podríamos llamar el contenido intencional o ideal de las expresiones lingüísticas —ya sean proposiciones completas, ya sus partes constitutivas (tema y predicado), preguntas, órdenes, etc., o incluso silogismos—, distinto tanto de la expresión misma (*léxis* o ‘dicción’) como de los objetos designados.”

“debates” (II.136, IX.64), “controversias” (IV.63) e “investigación” (VII.133); el polisémico sustantivo *lógos* como “decir” (I.37), “razón” (I.88), “razonamiento” (II.16, 119, III.53), “discurso” (II.40, 41, III.56), “aviso” (II.140, en unos versos de Licofrón), “fama” (II.141, III.2, 20, 23, 38), “estudio” (VII.49), “lenguaje” (VII.49, 159), “oración” (VII.56), etc.; *noús*, que se vierte como “inteligencia” (I.35, II.6, VII.139), “almas” (I.71, en unos versos de Quilón), “intelecto” (V.29) y “mente” (IX.95); y, finalmente, el sustantivo *phantasía*, que se traduce la mayoría de las veces como “percepción”,¹² pero también como “ostentaciones fantásticas” (IV.53), “imaginación” (V.29, IX.38), “apariencia” (VII.152, 153), “imagen” (VII.133, de un espejo), “visiones” (VIII.24, de los sueños), “visita” (IX.23, en un hexámetro de Timón referido a Parménides), “impresiones” (IX.79) y “pensamientos” (VI.70). Por otra parte, a lo largo del comentario se pueden leer una serie de aclaraciones convincentes para la traducción de ciertos pasajes. Por ejemplo, el *rhyparōn árton* en la vida de Diógenes de Sínope (VI.64), que “no se trata ni de ‘pan corrompido’, como traduce Ortiz, ni de ‘panes sucios’ (García Gual; ‘pani sporphi’, Gigante), sino del *ártons rhyparós*, literalmente ‘pan impuro’, nombre por el cual se conocía cierta clase de pan de salvado recocido” (461, nota 64); así, la frase se traduce como *panes que no eran de harina pura*. O en la vida de Platón (III.24) la frase *hoûtos pró̄tos en erotései lógon paréneken* que es traducida como “fue el primero que representó el razonamiento por interrogación”,¹³ entendiendo el verbo *paraphérein* “en el sentido técnico de ‘sacar al escenario’ [...]”; Platón, evidentemente, no fue —como parecen entender la mayoría de los traductores— el primero que usó o que introdujo este tipo de razonamiento, bien familiar a los sofistas y los socráticos [...], sino el primero que, por así decir, ‘dramatizó’ o ‘puso en escena’ esta forma de diálogo en obras escritas” (pp. 437–438, nota 24). Acertada e ingeniosa resulta también la traducción de algunos *nomina parlantia* que aparecen en las *Vidas*, tales como los nombres de las heteras que, según Timócrates, vivían con Epicuro (X.7): Mamaria (*Mammártion*), Plácida (*Hēdeía*), Amorcilla (*Erótion*) y Victorita (*Nikídion*); o el apodo de Antístenes “el Simpleperro” (*Haplókyon*). Bien lograda está también la versión de los juegos de palabras atribuidos a Diógenes de Sínope (VI.24) en los que se burlaba de la escuela de Euclides (*Eukleídou scholèn*): “la que bilis cuela” (*cholén*), y de los ejercicios de Platón (*Plátontos diatribèn*), llamándolos “desperdicios” (*kataatribén*).

Otro mérito notable que se desprende de la traducción es el de la estricta congruencia que rige la transcripción castellana de los nombres propios griegos, importante labor para una obra que, como ésta, está plagada de nom-

¹² I.21, VII.42, 43, 45, 46, 47, 48, 49, 50, 51, 53, 54, 63, 113, 118, 159, 165, 177, IX.95, 107, X.28, 50, 80.

¹³ Las cursivas son mías. García Gual traduce: “Él fue el primero en ofrecer un argumento por medio de preguntas y respuestas”; Ortiz: “Fue Platón el primero que introdujo el escribir en diálogos”; Hicks: “He was the first to introduce argument by means of question and answer”; Apelt: “Er hat zuerst [...] die dialogische Lehreform aufgebracht”.

bres. A este respecto, es bien sabido que algunas transcripciones castellanas incorrectas perseveraron en nuestra lengua hasta volverse de uso habitual. La transcripción al castellano debe basarse en la transcripción latina, con lo cual, dependiendo de la cantidad de la penúltima sílaba, que puede ser larga o breve, el acento del nombre en cuestión será grave o esdrújulo correspondientemente. Uno de los muchos ejemplos es el del nombre *Heraclitus* que devino en nuestra lengua “Heraclito”, cuando debería ser “Heraclito”.

El comentario, a mi modo de ver, no sólo despeja prácticamente todos los obstáculos que página a página desconciertan al lector principiante y contribuye al esclarecimiento de los problemas que inquietan al lector especializado, sino que además es un completísimo receptáculo de los *status quaestionis* de poco más o menos todos los problemas que suscita el texto, no sólo los sintácticos, semánticos, translitológicos y de fijación textual, sino también los históricos, culturales y literarios, constituyéndose así como una especie de enciclopedia exhaustiva para la comprensión laerciana.

Valga el siguiente difícil pasaje como ejemplo de cómo se imbrican todos estos aspectos en el comentario del profesor Bredlow. En la vida de Epicuro, justo después de transcribir su testamento, dice Diógenes (X.22), según la edición de Marcovich, corregida de la versión casi ininteligible del manuscrito B:

*Mathetàs dè ésche polloùs mén, sphódra dè ellogímous Metródon <kai>
Athenaion kai Timokráten kai Sánden Lampsakenoús*

Lo cual se traduciría como “Tuvo muchos discípulos y muy ilustres, Metrodoro, Ateneo, Timócrates y Sandes, Lampsaqueños”. El profesor Bredlow advierte que “sería, sin embargo, harto extraño que de dos de esos supuestos personajes, ‘muy reputados’ aún en tiempos de Diógenes Laercio, ‘Ateneo’ y ‘Sandes’, no haya llegado ninguna noticia hasta nosotros [...], mientras que el tercero, Timócrates, ya nos es demasiado bien conocido por traidor a la escuela como para figurar verosímilmente entre sus representantes más ilustres” (p. 499). Hecha esta constatación, y habiendo dilucidado las dificultades de otras posibles lecturas,¹⁴ el profesor Bredlow corrige ingeniosamente el pasaje dotándolo así de un sentido verosímil y filológicamente justificado. Añade, “por resolución

¹⁴ Usener y Long editaron para este pasaje *Metródoron Athenaíou è Timokrátous kai Sándes, lampsakenón*, haciendo así a Metrodoro hijo de un tal Ateneo, o bien de un tal Timócrates, y de una mujer llamada Sande; suscriben esta lectura la traducción alemana de Apelt (“Metrodor, den Sohn des Athenaios oder Timokrates und der Sande, aus Lampsakos”); y la castellana de Antoni Piqué Angordans (“Metrodoro, hijo de Ateneo (o de Timócrates) y de Sandes, de Lámpsaco”); pero el profesor Bredlow observa que “parece un tanto extraño que, en los documentos de la misma escuela epicúrea que Diógenes manejaba, reinara tamaña incertidumbre acerca de la paternidad de tan conspicuo personaje como era Metrodoro; ni tampoco se conoce un nombre femenino ‘Sande’, mientras que el masculino ‘Sandes’ sí está bien atestiguado” (p. 499).

de haplografía”, el pronombre relativo *hòn*, sustituye la conjunción *è* por un adverbio *pè*, y corrige, en virtud de la pronunciación del griego propia de los copistas bizantinos y de “los notorios errores de itacismo” que “delatan una transcripción al dictado”, el *kaì Sánden* por un *ekáles’ anti*, con lo cual el pasaje restituido diría: *Metródoron, <hòn>Athenaòn <p>è Timokrátēs ekálese anti Lampsakenón*, es decir, “Tuvo muchos discípulos, y muy reputados: Metrodoro, a quien Timócrates en alguna parte llamó ‘ateniense’ en lugar de ‘lampsaqueño’”. Lo cual se corresponde perfectamente con los hechos históricos, ya que “Metrodoro de Lámpsaco, en efecto, tras haber conocido a Epicuro, se afincó en Atenas y no volvió a su ciudad natal sino de visita; su hermano Timócrates, disidente y detractor del epicureísmo, titulándolo irónicamente ‘ateniense’, le incrimina este abandono de la patria” (p. 499). Éste es sólo un ejemplo de los muchos en que el comentario del profesor Bredlow aclara la comprensión e incluso restablece una lectura del texto griego que encaja mejor con los datos históricos que poseemos.

Son muy pocos (si no es que nulos o inexistentes) los desperfectos o insuficiencias que, a nuestro juicio, podrían imputársele a este trabajo. Valga simplemente como contrapeso para que la ristra de los innumerables aciertos y méritos no parezca exagerada, la inocua sugerencia de incorporar, para ediciones venideras, unos índices que, sin duda, favorecerían la curiosidad intelectual de los lectores. La ausencia del texto griego (por lo demás comprensible, ya que una edición bilingüe de las *Vidas* volvería asaz impráctica la publicación de un solo libro y supondría necesariamente la elaboración de más de un volumen) es uno de los escasos reproches que el lector puede formular.

Finalmente, la bibliografía, organizada en tres apartados (“Ediciones íntegras del texto griego”, “Traducciones” y “Estudios y ediciones parciales”), ofrece una recopilación representativa y sustancial de las principales publicaciones sobre las *Vidas*.

Por todas estas razones, creo que esta versión deberá convertirse en referencia obligada, no sólo para los estudiantes de filosofía y filología del ámbito hispanoamericano, sino también para los estudiosos y académicos de la comunidad internacional que se acerquen a este texto, piedra fundacional de la historia de la filosofía, joya invaluable de la filosofía y la cultura griegas.

BERNARDO BERRUECOS FRANK
Facultat de Filosofia, Universitat de Barcelona
Becario (APIF-UB)
bernardoberruecos@gmail.com